

La última rueda del coche

CARLOS BERNASCONI*

Un actor, por sus méritos, triunfa en el extranjero y al igual que un intelectual —por fortuna cada vez con más frecuencia— o un deportista nos deparan satisfacciones. Pero el exitoso intérprete, durante su última visita, declara que se fue porque el Perú no hizo nada por él. Nos dejó la pregunta: ¿Por quién, en el campo de la cultura, han hecho algo los recientes gobiernos?

Hace cincuenta años, para dramatizar medio siglo, teníamos la mejor Orquesta Sinfónica de Sudamérica y el Ministerio de Educación organizaba las temporadas de la Compañía Nacional de Comedias y sus giras a provincias. Los Premios de Cultura destacaban y estimulaban a poetas, narradores, dramaturgos, músicos, artistas plásticos, historiadores y científicos.

Luego vendrían las subvenciones a los grupos de teatro y, más tarde, las exoneraciones. Ese apoyo fue languideciendo hasta extinguirse.

Todos los países fomentan la cultura. En una entrevista en la televisión, el escritor Carlos Monsiváis declaró que si el Estado suspende las subvenciones, desaparece la actividad cultural en México.

Sin embargo, la vitalidad de la gente de teatro se mantiene vigente y nuestros escritores obtienen reconocimientos en el extranjero.

En vez de facilidades, para cumplir su función, los promotores de teatro deben superar múltiples obstáculos: licencia del INC y municipal, impuestos y altos costos de alquiler de locales. Además de los gastos de montaje, derechos de autor y publicidad.

Tenemos que agradecer la heroica permanencia de compañías, grupos y, en forma especial, a los actores que representan, no solo en escena, los dramas de la vida. Tampoco se puede ignorar que hace medio siglo la ENAE, la AAA y el Club de Teatro, por propio esfuerzo, llenaban sus salas y la Concha Acústica del Campo de Marte. Entonces los actores trabajaban por amor al arte. Es gracias a ellos que ahora tenemos mayor actividad teatral. El doctor Guillermo Ugarte Chamorro, desde la ENAE y el Teatro Universitario de San Marcos, mantuvo encendida la llamita que ha sido avivada por las solventes universidades particulares con gran éxito.

Escuché por la radio las declaraciones de un teatrista en la que afirmaba que los jóvenes actores son mejores que los mayores, porque han sido formados por gente como él, que han estudiado en el extranjero. Los otros, los mayores, fueron formados por un español fascista. Se refería, sin duda, a Edmundo Barbero, primer director de la ENAE, quien dejó España con la Compañía de Margarita Xirgú precisamente por la dictadura franquista.

No se puede desconocer así nada más nuestra tradición: sería como si en el futuro se ignorara el aporte de los teatros universitarios, de Yuyachkani, Cuatro Tablas, Cattone y las numerosas compañías que se pelean los escasos locales.

Hace treinta años que se eliminaron los Premios de Cultura. Algunos ganadores sobreviven y la mayoría ha fallecido casi en el olvido. Se han hecho esfuerzos porque el actual Gobierno manifieste su interés en reconocer su importante contribución a la cultura nacional y dé solución a la inseguridad de algunos, sin éxito.

El reconocimiento ha sido siempre un diploma. Eso sí, el texto de un poeta ha sido declamado, en varias oportunidades, por Alan García y Toledo. Dicen que cuando un poema se hace popular, se convierte en anónimo.

Ricardo Fernández luchó, como muchos, realizándose en todos los roles, sin estímulos, rodeado de precariedades y solo al fallecer mereció las primeras planas de la prensa. ■